

Misión providencial de Colón.

No cabe la menor duda, como todo aquel que sin preocupaciones preconcebidas estudia la historia del mundo, tiene que confesarlo, que delante del Señor los grandes colosos y las formidables potencias no son más que sutil polvo que se dispersa cual humo ante su omnipotente soplo; y que los pueblos que no tienen por base la verdadera fe y la virtud, se asemejan á aquella profética estatua construida de fierro y bronce, cubierta de oro y plata y enriquecida de luciente pedrería, pero que tenía los pies de barro, cayendo así al más ligero impulso, si no obedecen á las indicaciones del Todopoderoso.

Así ha sucedido al grandioso imperio babilónico con su nefando culto de Baal, que se mostró sordo á las predicaciones del profeta; así cayó Jerusalén hiriéndose el pecho el gran sacerdote ante la ara sagrada y dispersándose el pueblo predilecto por el orbe, al despreciar las enseñanzas del Divino Redentor; así se hundió en la nada el culto pueblo helénico á pesar de sus sabios filósofos, grandes oradores y excelentes artistas, que no quisieron prestar oído á las santas palabras del Apóstol de las gentes; el colosal imperio romano, que crucificó á San Pedro y vertió la sangre de incontables cristianos en crueles martirios, desapareció bajo los golpes de los llamados bárbaros del Norte, y sepultó bajo sus propias ruinas su secular cultura idólatra y materialista, refinada y sublimada por poetas, artistas y sabios. Alejandría y Constantinopla, en un tiempo fortalezas de la fe cristiana, templos del saber y de las ciencias, abandonaron el camino recto y fueron corroidas por la prostitución y los vicios más horrendos, y se transformaron en viles esclavos de Mahoma y de sus sucesores.

Pero cuando por un lado Dios da estos golpes á la humanidad, por el otro envía consuelos á su Iglesia, y al perder ésta su dominio espiritual en Asia, Africa y en el Sur y Oriente de Europa, surgió el Emperador Carlo Magno y abrió camino al cristianismo en los pueblos germánicos que hasta entonces se habían hecho sordos á las predicaciones de Santos Apóstoles que benigna les había mandado la Divina Providencia; pero convertidos por la férrea energía del providencial Emperador, hicieron grandes, fuertes y felices en la guerra como en la paz, en las ciencias como en las artes,

y florecieron entre ellos innumerables Santos varones y Santas mujeres, que con ejemplos y palabras les enseñaron el camino del cielo.

Cuando el cetro del Sacro Imperio Romano había, durante siglos, reposado en las manos de los Emperadores germánicos, dominando al mundo, se levantó Lutero, Zwinglio y Calvino, y la Alemania y todos los países nórdicos abandonaron la fe de sus padres; guerra de treinta años desvastó las tierras germánicas y las transformó en un vasto cementerio, pasando el cetro del mundo católico á manos de los latinos. En el suelo italiano nació el inmortal Colón y dió á España, que incólume había conservado su fe, un nuevo mundo, y delante de un puñado de españoles sucumbieron los más poderosos imperios, como colosos de fierro y bronce, cubiertos de oro y plata, enriquecidos de pedrería fulgente; pero con sus pies de barro, cayeron en lagos de sangre humana, formados por el culto diabólico á que se habían dedicado, á pesar de las advertencias divinas que habían recibido con anterioridad y que no habían querido escuchar, como lo intentaremos comprobar en estos apuntes, y como lo predijo no sólo el Profeta Isaías, sino también el mítico Quetzalcoatl.

Estos imperios americanos, sin embargo, sucumbieron con heroicidad; no quisieron doblegarse ante los destinos de la Divina Providencia, fundándose en el altivo orgullo, cuyo primer ejemplo encontramos en Lucifer, el ángel caído del Señor, y del que no menor prueba nos procuró el Gran Sacerdote de Jehovah, hundiéndose el puñal en su propio pecho al ver á los romanos vencedores; á pesar de estas resistencias se implantó el Reino de la Cruz, y bajo su suave yugo ingresaron millones y millones de almas á la Iglesia Católica; y si desapareció la antigua cultura profundamente viciada, como la de Babilonia, de Jerusalén, de Grecia y Roma, de Alejandría y Constantinopla, quedándose sepultada como bajo sus propios errores, nació á la vez una nueva cultura, basada en las ciencias cristianas; nacieron también nuevos pueblos y naciones con nuevos principios y nuevos ideales, y en el transcurso de los siglos se transforman, progresan y se desarrollan para la mayor gloria de Dios.

Palpando el mundo los grandiosos resultados que ha obtenido la misión providencial de Colón, el mundo civilizado lo aclama co-

006576

mo uno de sus inmortales hijos; la Iglesia católica lo recuerda con profunda gratitud, con veneración, y la voz autorizada del sapientísimo Santo Padre León XIII proclama con extraordinaria energía y lo repite: «*¡Columbus noster est! porque el gran marino era fiel católico, de firmes convicciones, y probó esto por su vida ejemplar como por su venerada muerte.*»

Por las significativas palabras pronunciadas por el egregio Jefe de la Iglesia católica, en el mismo día de su santo y ante numerosa y selecta concurrencia de príncipes y dignatarios de la misma Iglesia, como también por el estudio de la historia del mundo y de sus transformaciones consecutivas, no vacilamos en creer que la misión de Cristóbal Colón fué obra providencial, porque él sólo buscó un camino más breve á las Indias Orientales y en su viaje tropezó con las Indias Occidentales, implantando en ellas el signo de la Redención, inaugurando así un movimiento general y el anhelo de nuevos descubrimientos.

Nuestro propósito.

Después de haber rendido el debido homenaje al inmortal marino genovés, y al querer hablar en estos apuntes sobre la existencia del cristianismo en tierras del Nuevo Continente aún anteriores á los descubrimientos de Colón y á las conquistas españolas, portuguesas, inglesas y de otras naciones, é intentado hablar de esos problemas después de las investigaciones que con tan profunda ciencia, con tan prolijos estudios ya ha iniciado uno de los más sabios, más doctos escritores de nuestra patria, el inolvidable Lic. D. Manuel Orozco y Berra, no podemos hacer otra cosa que aducir nuevos datos, indicar nuevas fuentes y señalar nuevas rutas para encontrar nuevos apoyos para las luminosas indicaciones hechas por el Sr. Orozco y Berra, y esperar que personas más capaces, plumas mejor cortadas, puedan seguir explorando aquellos datos, fuentes y rutas, para verter rayos de luz sobre estos puntos históricos que están aún sumergidos en las sombras de los tiempos pasados. Esperamos, sin embargo, que podamos convenir á nuestros lectores que en tiempos muy lejanos ya, la Divina Providencia procuró que las eternas verdades de la fe penetrasen en el Continente americano, cuya existencia no era del todo des-

conocida en el mundo antiguo; pero si aun esto no logramos, culpa será de nuestra insuficiencia en la materia, y no por falta de datos que en vasto campo se extienden á la vista de un erudito explorador histórico, halagándonos la idea que otro, con más feliz éxito, recorra el camino que apenas indicamos en estos apuntes.

Conocimientos antiguos sobre la existencia del Nuevo Continente.

No es nuestra mente hablar en estos apuntes de las suposiciones más ó menos fundadas de que fenicios, egipcios, chinos y tártaros tenían conocimiento de la existencia del Nuevo Mundo y de que por algunos de ellos ya hubiera sido visitado, preocupándonos tan sólo la cuestión de probar la existencia de la religión cristiana en el suelo americano, en tiempos anteriores á los descubrimientos de Colón, que tenemos que buscar en Europa y muy especialmente en sus comarcas septentrionales.

Muy notables y poco conocidas nos parecen las palabras que hemos elegido para epígrafe de estos apuntes y que hemos encontrado, gracias á las bondadosas indicaciones de nuestro erudito amigo el Sr. Lic. D. Francisco Pascual García, en una epístola que en el siglo II de nuestra éra dirigió el Papa San Clemente á los corintios: «*Oceanus impermeabilis hominibus et qui transmare sunt mundi ejusdem Domini dispositionibus gubernantur.*»

«La mole del inmenso mar, que bajo su ordenación se hincha formando montañas, no traspasa los muros de que ha sido rodeado, sino que hace lo que Él le mandó. Pues dijo el Señor: Hasta aquí llegarás y en ti mismo se romperán tus olas. *El Océano que los hombres no pueden cruzar y los mundos que hay al otro lado de él, son gobernados por disposiciones del mismo Señor.*» Estas palabras del Santo Padre Clemente, sea que las consideremos como resultado de una inspiración divina, sea que nos parezcan el resultado de profundos estudios, son una prueba evidente de que ya en el seno de la Iglesia Católica, en el segundo siglo de su existencia, no era desconocida la existencia de otros mundos ó continentes al otro lado del gran Océano Atlántico.

Ya Séneca mencionaba el fabuloso y legendario Reino de *Thule*, de la flamígera Thule, que fué conocido por los *normanos*, los *frí-*

sios y los *vilkings* procedentes de los países escandinavos y del Norte de Alemania, que, atrevidos navegantes, en sus excursiones á los mares del Norte, habían abordado á aquella Isla, que llamaron *Sneland*, *Isenland*, país de nieve y hielo, y que en el curso de los tiempos se ha transformado en *Island* ó sea *Islandia*, y en la vecina tierra firme de *Grinland*, ahora *Groenland* ó *Groenlandia*, no sólo en los tiempos cristianos, sino aun en aquellos en que se dedicaban á la idolatría.

El Votan americano es el Wodan germánico.

Tenemos la convicción de que el ilustre Sr. D. Manuel Orozco y Berra, seducido por el esplendor del renombre científico de Alejandro de Humboldt, anduvo errado en creer que *Votan*, á quien dedicaban los chiapanecos y los xoconochcos el primero de sus ciclos, y, según Boturini y Clavijero, el tercer día de su mes, y de quien se encuentran vestigios en la Historia Mitológica de muchos pueblos de la América, haya tomado su origen en el *Buddha* de la mitología asiática, y para tal caso, se afana en probar que el *Odin* nórdico es también un *Buddha* asiático, apelando á la transformación de las letras mudas; pero que, como hijo de un Príncipe asiático, no tiene en su ser mitológico ninguna relación con la divinidad germánica.

Como ya hemos indicado, el Sr. Orozco y Berra sigue en esta línea las opiniones de Alejandro de Humboldt, que respetamos y veneramos por su profunda ciencia, pero que, por desgracia, está imbuido de ideas antirreligiosas y, sobre todo, anticatólicas, y, por lo mismo, no quiso conceder influencia alguna cristiana en la Historia Antigua Americana, y por lo mismo se afanaba en querer demostrar en toda la influencia buddista asiática, calificando cualquier noticia que no estaba en consonancia con sus ideas preconcebidas, con la despreciativa frase *¡ cuentos de monjes!*

Indudablemente nos parece más lógico y más sencillo, una vez que el mismo Sr. Orozco y Berra aduce pruebas evidentes de que los *normanos* y aun *alemanes* conocieron las regiones nórdicas del Continente Americano, aun en tiempos en que entre estos no dominaba aún la Religión Cristiana, que estos marinos atrevidos, muchas veces en sus expediciones acompañados por sacerdotes de

su culto idólatra, hayan introducido en las creencias de algunas de las tribus americanas su dios *Odihnu*, que en el antiguo alto alemán se llamó *Wuotan* y entre los sajones y *frisios* Wodan, que era la *divinidad suprema* entre los pueblos de raza germánica, y que después estas mismas tribus indias, en sus peregrinaciones hacia el Sur, hayan esparcido el conocimiento de esta nueva divinidad por las tierras americanas.

En todas las naciones idólatras, desde los tiempos más remotos, es conocida la facilidad con que se admitía el culto de las divinidades de otro pueblo, sea que éste fuera vencedor ó vencido, ó aun simplemente vecino, ó tuviera contacto y tráfico con él. De esta regla no forma siquiera excepción el pueblo predilecto del Señor, los israelitas, que más de una vez cayeron en la idolatría y aceptaron dioses de sus vecinos á pesar de conocer al único Dios verdadero.

Grecia, la culta por excelencia, se pobló de divinidades egipcias, y Roma, la vencedora, se llenó de templos dedicados á los dioses de los pueblos conquistados.

Consta además, históricamente, que después de haber vencido Carlo Magno á los pueblos sajones, convirtiéndolos al Cristianismo, muchos de sus sacerdotes paganos huyeron á los países nórdicos y tomaron parte en las expediciones marítimas de ellos, y no es natural pensar que entonces hayan proclamado las glorias de su dios Wodan, del imperante en el cielo y en la tierra, del *Alfadar*, ó sea del padre común de todos los mortales, del ordenador y director supremo del mundo, que se representaba como ojo de fuego, es decir, como el sol; como padre de los héroes muertos gloriosamente en las batallas y que él reunía en el Walhalla; del inventor de la *Runa*, es decir, de la letra, y por lo mismo de todas las ciencias, profecías y poesías, de la legislación y de los secretos religiosos, que era el más sabio de los *Alsen*, después de haber bebido en la fuente legendaria de *Mimirs*?

Dos cuervos que poseía Wodan y que se llamaban *Hugin* y *Munin*, el pensamiento y la memoria, recorrían todos los días el Orbe y le traían noticias de todo lo que pasaba en el mundo, haciéndolo así *omniscio*.

Se figuraba á Wodan cubierta la cabeza con ancho sombrero (la *Tarnkappe*, ó sea la neblina,) que lo hacía invisible á los ojos

humanos, y envuelto en su flotante capa gris (las nubes), montado en *Sleipner*, su caballo de ocho patas (los vientos), recorriendo en veloz carrera los espacios y produciendo por el galope de su caballo los truenos, dirigiendo hacia la tierra su certero y mortífero *Gungar*, su lanza, ó sea el rayo.

No encontramos en estas leyendas y tradiciones del Wodan germánico, semejanza alguna con la mitología asiática del Buddha indico, y esta semejanza debería probarse en primera línea para evidenciar su procedencia asiática ó europea, y luego demostrar por las tradiciones mitológicas americanas, con cuál de ellas Votan tiene más afinidad. Entre tanto que esto sucede, dudamos que el Votan americano proceda de la China, cuyas relaciones con la América no reposan más que en suposiciones, entretanto que las de América con la Europa del Norte están comprobadas por documentos históricos, que como tales reconoce el mismo Sr. Orozco y Berra, y nos confirmamos en esta idea cuando Boturini y Clavijero prueban que los nombres de *Votan*, *Lambat*, *Béen* y *Chinax*, dieron los indios á sus cuatro ciclos, y según los mismos autores, llevaba también el tercer día de su mes el nombre de Votan, siguiendo en esto la costumbre de los pueblos germánicos, que á su vez hasta el día de hoy llaman al cuarto día de la semana *Wodans-tag*, *wednesday*, y *Donnerstag* (jueves) en alemán, que quiere decir *día del Trueno*, ó más bien explicado, día de la divinidad del Trueno, que es lo mismo que Wodan.

La canción de los Niebelungen.

Otra noticia segura, aunque legendaria, sobre las relaciones establecidas entre el noroeste de Alemania y la Islandia, y como ya en tiempos remotísimos reinaba la religión católica en aquella apartada región noroeste del gran Océano Atlántico, encontramos en la célebre canción de los *Niebelungen*, ó sea de los hijos de la niebla ó neblina. Así se llamaron los pueblos que sucesivamente poseían el inmenso tesoro que el héroe *Sigifredo* supo arrancar á su triple guardia, siendo el último guardián un enano que por medio de una *Tarncappe*, ó sea *gorra de niebla*, se podía hacer invisible.

Esta hermosísima poesía alemana, que por su grandioso desarrollo y su trágico fin sólo puede compararse con la Iliada del in-

mortal Homero, parece ser casi desconocida entre los pueblos que hablan el hermoso idioma de Cervantes; aunque ha sido traducida al holandés, francés, inglés, italiano, húngaro y ruso, no ha sido vertida aún en versos castellanos, lo que es de lamentarse: es atribuido por algunos sabios, y especialmente por *Pfeiffer*, al antiguo cantor alemán *Kürenberg*, que escribió por los años de 1120 á 1140 en Austria; pero la misma poesía se encuentra ya en su forma poética más antigua en la *Edda* primitiva, escrita en idioma nórdico en el siglo IX. Aun en esta forma no es original, sino tomada de las antiguas poesías germánicas, como incontestablemente lo ha probado el celeberrimo filósofo *Guillermo Grimm* en su libro sobre las leyendas heroicas alemanas (*Die Deutsche Heldensage*; 2 Edición, *Göttingen* 1868).

Este poema notabilísimo se divide en dos partes: la primera canta las proezas de *Sigifredo*, rey de los Niebelungen, en el país rhiniano de *Siegen*, su amor á *Krimhilda* y su trágica muerte; y la segunda, que se llama los *sufrimientos de los Borgoñones*, tiene su base histórica en los combates provocados por las peregrinaciones de los pueblos, y especialmente por la invasión de los *Hunos* bajo el reinado de *Atila*; y en la derrota aniquiladora que sufrió en el año de 437 de nuestra era el Rey *Gundikar* de los Borgoñones, cuya capital era entonces la ciudad de *Maguncia*, situada también en las márgenes del Rhin.

Las antiguas canciones alemanas de las que se formó el poema primitivo de la Edad nórdica, deben pues haberse cantado en los siglos VI, VII y VIII en las tierras germánicas, porque ellas celebran acontecimientos y hazañas ocurridas en el siglo V.

El núcleo de la trágica acción de la primera parte del poema, forma el amor del incomparable héroe *Sigifredo* con la dulce y cándida *Krimhilda*, hermana de los tres hermanos reyes del pueblo Borgoñón, que se llamaban *Gunther*, *Gernot* y *Giselar*; pero *Gunther*, el primero de los reyes, no quiere conceder la mano de su hermana á *Sigifredo*, si primero, fingiéndose su vasallo, no le acompaña á obtener la mano de la hermosa *Brunhilda*, Reina de *Islandia* (Islandia), de la flamígera *Thule*. Esta reina islandesa está dotada de fuerzas de *Walkiria*, y sólo quiere conceder su mano al que la venza en tres diferentes hazañas. *Sigifredo*, cubierto del gorro tomado al enano y que lo hace invisible, la vence en nombre

del rey *Gunther*, y así engañada, *Brunhilda* lo sigue á *Maguncia*, en donde se celebran con pompa extraordinaria los dos matrimonios entre *Sigifredo* y *Krimhilda* y entre *Gunther* y *Brunhilda*, llamando á esta última la atención que cedan la mano de la hermosa princesa real á *Sigifredo*, que ella considera como vasallo de su nuevo marido.

Siete años después, convidados por los Reyes de Borgoña, *Sigifredo* y *Krimhilda* los visitan en *Maguncia*, y allí, al querer entrar en la iglesia para oír misa, estalla un violento altercado entre *Brunhilda* y *Krimhilda* sobre el derecho de quién de las dos debe entrar primero al templo, aduciendo la primera ser Reina de Islandia y Reina de los Borgoñones, y la segunda ser Reina de Siegen, poseedora de los tesoros de los Niebelungen y nacida princesa de Borgoña, humillando esta última á la orgullosa *Brunhilda*, revelándole el secreto de que no ha sido vencida por su hermano *Gunther*, sino por su marido *Sigifredo*, presentándole inequívocas pruebas de su aserto. Esta disputa entre las dos mujeres es la causa de la muerte de *Sigifredo*, y del terrible enlace de la parte segunda del poema, que trata de la venganza de *Krimhilda* por la muerte de su marido.

Hasta aquí citaremos el contenido de la canción de los *Niebelungen*, porque de su relato resultan dos aseveraciones muy importantes: primera, que en aquellos lejanos tiempos no sólo por los normanos y los frisios, sino también por otros pueblos del noroeste y del occidente de Alemania, se emprendían navegaciones á Islandia; y segunda, que en aquella lejana región del Océano imperaba el catolicismo, disputándose en el siglo V la Reina de Islandia y la Reina de Siegen el paso, para saber quién de las dos tenía mejor derecho para entrar la primera á misa.

No nos debe llamar la atención que aquellas creencias católicas estuvieran aún mezcladas con supersticiones y costumbres paganas, porque bien sabido es que estas se conservan por mucho tiempo, algunas veces inconscientemente entre las masas del pueblo, como fácilmente podría comprobarse tanto en Alemania como en nuestra patria mexicana.

San Brendano, el primer apóstol de las Américas.

No queriendo recurrir á vagas noticias é indicaciones, hemos expuesto en lo anterior que á lo menos la Islandia era ya conocida en Europa en los primeros siglos de nuestra éra, y comprobado que la religión católica no era desconocida en aquella isla en el siglo V, porque la reina *Brunhilda* la profesaba, é intentaremos ahora dar á los historiadores patrios un hilo para que por medio de él puedan descubrir quién haya sido el célebre *Quetzalcoatl*, indudablemente el primer apóstol del continente americano.

Este mítico personaje no se puede atribuir al apóstol Santo Tomás, porque éste sólo pudiera haber venido del Asia y consecuentemente por las costas del Pacífico en los años de 60 á 90 de nuestra éra, y al contrario, parece estar bien comprobado que *Quetzalcoatl* apareció durante el tiempo de los Tultecas, ó sea en el siglo VI de nuestra éra, que no llegó por las costas del Pacífico sino por las del Atlántico, á la provincia de Pánuco, que venía acompañado de otras personas que todas vestían trajes talares, que tenían las cabezas cubiertas, que eran extranjeros, sabían labrar los metales y las piedras preciosas, que conocían el cultivo de las tierras y multitud de otras industrias; el jefe de ellos se llamó *Quetzalcoatl*: «era hombre blanco, crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba negra y redonda.»

Era casto, muy amigo de la paz, pues se tapaba los oídos cuando se hablaba de la guerra; inteligente y justo, sabedor en las ciencias y en las artes; con su ejemplo y su doctrina predicó una nueva religión, inculcando el ayuno, la penitencia, el amor y el respeto á la Divinidad, la práctica de la virtud y el desprecio del crimen. (Historia antigua y de la Conquista de México, por el Licenciado D. Manuel Orozco y Berra, Tomo I, Cap. IV.)

Tal es la imagen que el sabio escritor nos presenta de *Quetzalcoatl*, fundándose en los escritos del Padre Durán, de Mendieta, Torquemada, Motolinia y Clavijero. En el Cap. V del tomo I de su citada obra, fijo en la idea que no podía ser el Apóstol Santo Tomás, pero también persuadido de que el personaje al que los indios dieron el nombre de *Quetzalcoatl* debía ser ferviente católico, expresa la idea de que bien pudiera ser algún misionero venido de